

COLOMBIA

9
Ibáñez, Pedro María, 1854-1919

UN VIEJO SOLDADO

DE LA

REPUBLICA

(Fin de P. Santander, 77)

CDD 923.861

1908

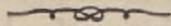
BOGOTÁ

IMPRESA ELÉCTRICA. 168, CALLE 10

TELÉFONO 769



A MANERA DE PROLOGO



Extraño parecerá y quizá exótico, á quien vea estas líneas,—que son breve y justo estudio de la vida pública, ideas políticas, carácter y representación social de un militar,—que las haya producido un aficionado á la literatura, eminentemente civil. Escritas en presencia de los hechos, cuando viven muchos actores y testigos de ellos, valen tanto como si estuviesen apoyadas por documentos fidedignos; ellas son la expresión de la verdad.

Tengo que agradecer al biógrafo del General D. FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, que conociendo la amistad que con él me liga, me haya escogido para su compañero en el homenaje que hoy se le tributa á un viejo servidor de la República, no obstante pertenecer y servir á distintos ideales políticos el biografiado y quien esto escribe.

Sobre la fe de relaciones verídicas bien examinadas y juzgadas con sano criterio, las páginas que contienen la vida del General Santander tienen la cualidad de verídicas; ellas sirven eficazmente á la justicia. Describe bien y estudia con conciencia las fuentes íntimas de la vida moral de este antiguo veterano del ejército nacional que, hijo de sus esfuerzos, de su probidad y de sus propias ideas, ha llevado contingente

por muchos años de revuelta política nacional al apoyo de los gobiernos conservadores, sin embargo de tener el ilustre nombre del Jefe de la escuela liberal de la Gran Colombia, llamado con justicia por los hermanos Cuervos “Organizador de la victoria,” refiriéndose á las últimas campañas y á los triunfos que dieron nuestra independencia nacional.

Sin apariencias engañosas ; sin espejismos, verá el lector puestas en relieve las virtudes públicas y las nobles condiciones privadas del Sr. General Santander. Surgen de manantiales de información de veracidad indiscutible, y por esto tienen autoridad.

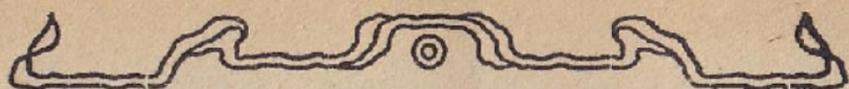
“*La Biografía*—ha dicho un compatriota nuestro, D. Diógenes A. Arrieta—ha de inspirarse más escrupulosamente en aquel espíritu de análisis profundo y de rígida imparcialidad, porque ella es la rama primera y más importante de la historia.”

Amigos y adversarios, en el presente y en el porvenir, verán que estas páginas dejan á un lado las consideraciones nacidas de la amistad y el respeto por las canas del caballero, para inspirarse estrictamente en testimonios fieles y en hechos comprobados, es decir, en la verdad.

Pedro M. Ibáñez

Bogotá, Agosto de 1908.





El General Francisco de Paula Santander



La vida de los hombres que han contribuido de un modo ó de otro al progreso y civilización universales, constituye la verdadera historia del mundo en todas sus manifestaciones; porque todo en la naturaleza, lógicamente hablando, está sujeto á la vida de relación; á ese fenómeno maravilloso que se efectúa entre el polo positivo del mundo físico y el polo negativo del proceso psíquico del cerebro humano; de cuyo contacto brota como por encanto la chispa luminosa del pensamiento; chispa que se produce con mayor ó menor intensidad, según sea mayor ó menor la fuerza impulsora de su alumbramiento. Por eso, en el primer grado contemplamos con pasmosa admiración los hechos cumplidos de un Napoleón I, quien hizo trepidar sobre su eje al mundo entero; de un Bolívar y un Washington, quienes llegaron á desafiar á la misma naturaleza si ella se oponía á la realización de la obra grandiosa de dar en tierra con la coyunda de la salvaje esclavitud, institución vergonzosa que pesaba sobre el mundo americano; de un Franklin, de quien se dice, "que arrancó el cetro á los tiranos y arrebató el rayo á los cielos." Y hoy, la memoria excelsa de estas potencias intelectuales, se pasea con mirífica esplendor como estrella de primera magnitud en el cielo de las almas que aún conservan calor de patriotismo, fuego de gratitud. Y se pasea... sin que pueda encontrar jamás el ocaso del tenebroso olvido que ha formado hoy el indiferentismo; ese indiferentismo que, en las masas sociales, corroe como carcoma destructo-

ra todos los cerebros, y, por tanto, todos los sentimientos, hasta colocarlos en la horrible sentina de la abyección, el servilismo brutal, el envilecimiento de caracteres, la infatuación, la demencia.

Pero analicemos: aquellos seres privilegiados encontraron un medio ambiente excepcional, que las evoluciones sociológicas venían preparando de molécula en molécula, digámoslo así, en yuxtaposición continua, hasta la esplendente aparición del gran diamante de la libertad que ellos tenían que lapidar; de rayo en rayo, hasta formar el foco inmenso de la emancipación política de los pueblos, sublime problema que ellos debían resolver, haciendo desaparecer por completo el vetusto oscurantismo, árbol de funesta sombra que venía cubriendo con su absorbente ramaje, la mayoría de la humanidad; mayoría que, gemebunda y sumergida en el abatimiento, tiritaba bajo el degradante látigo de los déspotas. Mas del mismo modo que para apreciar la belleza y fecundidad de una montaña, no sólo se tiene en cuenta el gigantesco roble, ó la flexible palmera que airosa se levanta dominando el follaje, sino también el arbusto de perfumadas flores, así, en ese mismo campo de Libertad, ya sosteniéndola en su plenitud, ya implantando sus principios, según la idea filosófica con que se aprecien, en el deseo del mejor bienestar y adelanto de la humanidad, han seguido otros hombres de importancia no menor, que han procurado, del uno ó del otro modo, buscar el perfeccionamiento de la obra titánica de aquellos hombres predestinados. De esta segunda etapa es el personaje que sacamos hoy á la luz del día: el General FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, digno descendiente del preclaro padre de la Patria; del hombre público que llamaron con justicia sus contemporáneos *El Hombre de las Leyes*.

Como después viniera el enfriamiento de aquel hórrido volcán de sangre que se llamó Revolución Francesa, y á su tiempo, la conclusión gloriosa de la independencia americana, consecuencia providencial de aquel acto de liberación, el más solemne y sublime que se puede registrar en las páginas de la historia universal, la humanidad, en sus distintas razas, religión y costumbres, empezó la difícil coordinación de aquellos elementos de ciencia política que, dispersos en aquel charco de sangre, en aquella masa heterogénea de ruinas, de miserias, de lágrimas, vinieron á constituir los renombrados *Derechos del Hombre*, granítico cimiento de la República. Y en el viejo continente, y en el

suelo americano brotaron, como efecto indispensable de causas análogas, los partidos políticos que, á medida que se iban inoculando entre nosotros, de las mismas ideas y los mismos sentimientos europeos, sobre todo de Francia, iban también reaccionando en diversas formas, como de un mismo terreno brotan plantas de variadas flores y frutos.

Empezaron, pues, las disidencias políticas en Colombia. A la cabeza de uno de los partidos por ellas fomentados, el partido liberal, se vio la figura egregia y magna del eximio General FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, flor y nata de nuestra independencia nacional. Era, por tanto, de esperarse que el hijo siguiera la huella marcada por el padre. Pero no fue así: la ley biológica de la herencia no siempre viene en línea recta como debería suceder, atendidas las exploraciones que en ese campo han hecho y hacen con perseverancia los hombres de ciencia; ni por lógica consecuencia, las percepciones de los sentidos vienen al alma despertando en ella idénticas impresiones. Esto hace que la variabilidad de sentimientos en las pasiones humanas, sobre todo en la pasión política, no se pueda tachar de degeneración ó cualquier otro título depresivo, como tantos lo pretenden.

Formó, pues, el hijo en las filas del partido conservador; y sea que llevase sobre su frente el resplandor de un apellido ilustre, ó que su preclara inteligencia se abriera paso por entre la atmósfera política de sus contemporáneos, es lo cierto, que el hombre se hizo visible desde el punto de partida de su carrera pública. Y en este lugar vamos á consignar los conceptos de uno de sus antiguos amigos y copartidarios, testigo de los hechos militares del General Santander, los cuales narra con la maestría del buen escritor: es el Sr. D. José Leocadio Camacho.

Viene el Sr. Camacho hablando de la idea sublime que tuvo el Gobierno de hacer pasar por el tamiz del certamen ante un Consejo de honorables militares de la República, que se llamó Tribunal de Calificación, á la generalidad de aquellos, á fin de que todos quedaran en su merecido puesto; terminando así con la repugnante corrupción que había en el militarismo colombiano.

.....
“Estas reflexiones me han sido sugeridas por uno de esos soldados de la Confederación Granadina (Pacho Santander), hoy General de Colombia, viéndole bajar las gradas del Capitolio, con el rayo visual á dos metros de distancia, según precepto de la Orde-

nanza Española. Este es, le decía al amigo con quien paseaba en aquel atrio, gozando del sol de la mañana; apenas creo que este Jefe sea el mismo que vi casi niño marchar en un Batallón que comandaba el Coronel Rafael Mendoza, hace cincuenta y seis años, á obtener su bautismo de fuego en la acción de Garrapata; el que á su vuelta de Antioquia fue ascendido á Subteniente y destinado al *Batallón 2.º de Bogotá*, que comandaban el Coronel Jenaro Ruiz y el Mayor Valerio Sánchez Andrade. Siempre que le veo, recuerdo aquella figura marcial que tenía el Alférez Santander, semejante á varias que he notado en los Cadetes actuales. La buena figura es pasaporte á toda aspiración, ha dicho alguno, y la experiencia confirma esta opinión. El General Melo, quien comandaba entonces el Escuadrón de más disciplina y más lucido que ha tenido el país, reclutaba para él los mejores Oficiales de la División acantonada en la capital, y esto explica que el Alférez Santander perteneciese á la caballería, en cuyo servicio le encontró el golpe de cuartel del 17 de Abril de 1854. El General Melo formó Jefes de los Oficiales de su Escuadrón: Diego Castro, Juan de Jesús Gutiérrez, Cristo Velandia, Vargas Vila, quienes á su turno escogieron Oficiales para una campaña que prometía ser costosa, en la que habría que derrochar valor, empleando energía más que fuerza, pues que se iba á luchar contra la opinión que todo lo avasalla. El Alférez Santander ascendido á Teniente, pasó á un Batallón de Infantería, al que el Dictador llamó *El Girardot*, y puso á órdenes del Comandante Vargas Vila y marchó al Norte, en la División que al mando del Comandante Juan de Jesús Gutiérrez le disputó el paso al General Mosquera en el *Alto de los Cacaos*.

Santander había sido Ayudante de Campo antes de la acción, y allí quedó prisionero con su Jefe herido. El orden legal se abrió paso al través de los cañones que apoyaban á los soldados que sostenían la Dictadura. El Teniente Santander, á pesar de no ser partícipe en los abusos que se cometían por los dictatoriales, pues que el Ejército de línea nunca comete desmanes inútiles, fue detenido tres meses en Santa Rosa, y al llegar á la capital condenado á servir como soldado en el *Batallón de Artillería* por dos meses, al cabo de las cuales consiguió su desacuartelamiento, siendo confinado al Páramo de Dolores, en el Tolima. Ese entusiasmo por las glorias militares y ese afecto de joven que no calcula intereses, ni prevé el porvenir, con tal de salir airoso en las empresas de momento, habían hecho del Teniente Santander un Oficial sin previsión, pero

sin odios de partido é indiferente á la suerte y á los vaivenes de la fortuna. Va á entrar en un nuevo período.

Ha penetrado en esa edad de la vida, en la que todo paso se mide, toda opinión se medita, y en la que los hombres como los acontecimientos dejan huella en el espíritu. En 1859 la tempestad revolucionaria se anunciaba con truenos lejanos—y las decepciones y la experiencia habían hecho del Oficial Santander un hombre previsivo y de convicciones sólidas, vista la historia del pasado. Fue reinscrito en el Escalafón y llamado al servicio como Ayudante Mayor del Regimiento que comandaba el Coronel Ramón Amaya; y en este empleo estuvo en los combates de Subachoque y Usaquén, en donde muerto el Jefe, su Ayudante Mayor fue ascendido á Coronel. Fue en esta época cuando, atacada la Capital por el General Mosquera, le tocó á Santander la defensa del punto denominado *Tresesquinas*, con un Escuadrón de caballería y una Compañía del *Batallón 2.º de Bogotá*.

Méritos tendría Santander ante el General en Jefe y el Secretario de Guerra, para aquel ascenso de Coronel, cuando en aquella etapa de nuestra historia no se conocían Coroneles, ni Generales de la víspera como se han visto desde 1867, año en el cual comenzó esta anomalía que el Tribunal de Calificación ha corregido en parte: Julio Arboleda era Coronel; Habacuc Franco era Coronel; Pedro Gutiérrez Lee, era Coronel; Liborio Escallón, era Coronel; Manuel Rivero, era Coronel; Heliodoro Ruiz, era Coronel, y Manuel de Jesús Moreno, era Coronel. Este es el caso de repetir: 'qué época y qué hombres'—es decir—qué Ejército y qué Jefes.

Después del 18 de Julio de 1861, en que el Ejército revolucionario entró triunfante en la capital, el General Mosquera llamó al servicio á todos los Jefes y Oficiales de la Confederación. Santander, como muchos otros, rehusó la oferta y se fue á ocultar en un campo de la Sabana, en donde permaneció hasta que pudo incorporarse en las fuerzas del General Leonardo Canal, quien lo destinó como Ayudante del Estado Mayor, en cuyo empleo asistió al ataque de San Agustín. En la retirada siguió á Antioquia y poco después se vino á pie á Bogotá, á pesar de haberle ofrecido los triunfadores un empleo en Manizales.

Cinco años pasaron, antes de que Santander volviese á figurar en el tablero en que se jugaba la política que, como siempre, había sido de odios violentos y rapiña de empleos. El resultado de la

abolición del Ejército en la Administración Ospina había dado sus frutos. Los gobiernos no pagan los delitos que cometen, sino las faltas, dice Guizot; y la falta que la Nación expiaba, era la que el Gobierno de la Confederación había cometido eliminando el Ejército. Cambió el Gobierno de Cundinamarca y con él su programa y su política. El Sr. Juan Silva, Alcalde de Bogotá en la Administración del Sr. Ignacio Gutiérrez Vergara, le nombró Inspector de Policía; y poco después, el Gobernador le hizo Jefe del Estado Mayor de la fuerza que comandaba el General Alejandro Posada, puesto que desempeñaba cuando aconteció la mascarada del 10 de Octubre de 1857.

Con tres meses de prisión pagó Santander su adhesión á los principios legales, como pagó el Gobernador su confianza en las promesas del Jefe de la Administración Nacional, su enemigo político. No es de este lugar hacer apreciaciones respecto de aquellos acontecimientos que se sucedieron por falta de fe en los principios.

Saltemos once años, en los cuales un partido ultrajado en sus creencias, burlado en sus derechos, arrojado de las urnas electorales, apeló á las armas. El Coronel Santander, dueño ya de ese prestigio que da el padecimiento por una causa justa, se lanzó á la revolución de 1876, armando y disciplinando en Fusagasugá trescientos hombres, que puso á órdenes del General Lázaro María Pérez. El desenlace de esta campaña de diez meses es bien conocido, y no hay para qué rememorar glorias ni reveses, abnegación ni bajezas.

Ocho años más y vemos á Santander nombrado por el General Leonardo Canal, Jefe de las Caballerías del Ejército de Reserva. Se estaba entonces en plena *Regeneración*. Fue á Boyacá á órdenes del General Antonio Valderrama y de allí fue promovido á Inspector de la División Urdaneta. Terminada aquella campaña y disuelto el Ejército de Reserva, fue ascendido á General de Brigada y destinado al Ejército del Atlántico, disuelto también á su turno, lo que hizo que Santander ocupase entonces empleo civil como Administrador de Hacienda de la Provincia en Facatativá y meses después como Jefe del Cuerpo de Serenos.

En 1900 fue llamado el General Santander al servicio por el Ministro de Guerra, General José Santos, y prestó los suyos con la abnegación que acostumbra: hoy, á pesar de su edad, ha ofrecido su contingente al Gobierno con la misma voluntad y el mismo entusiasmo que lo ha caracterizado siempre.

Dos de sus hijos murieron en la guerra *de los tres años*; y el que queda, Julio, General también, revela que lleva en sus venas sangre de próceres y patriotas en dos generaciones. Su figura marcial tiene ese aire á las fisonomías que nos describe la Historia de los Tenientes que acreditaron las primeras victorias napoleónicas."

.....

Como en esto de política, entre nosotros, cada uno tiene su modo de apreciar los hechos consumados en nuestras luchas fratricidas, de conformidad con la manera de percibirlos, según el estado de ánimo en que lo coloque la pasión; como el actual lapso de lucidez gubernamental, producido por la paz y la buena inclinación hacia el progreso y la civilización de esta tierra desgraciada, manifestados por el actual mandatario, son clara expresión del mantenimiento de la concordia y por consiguiente del completo olvido de viejos rencores; y, por último, como en ideas políticas estamos en campos opuestos con el escritor transcrito, salvo mi responsabilidad respecto de sus conceptos, y sigo.

Así, pues, se formó y sirvió á la causa de sus convicciones el hombre cuya figura marcial y simpática engalana estos humildes rasgos, escritos de corazón; el hombre cuyo título de General lleva el sello de la legitimidad, sombreado por el humo del cañón en los campos de batalla é impregnado de los recuerdos de dolor que producen los sinsabores y fatigas de la campaña, junto con esos espectáculos aterradores que algunos presentan al sentir el despertar de sus instintos feroces en nuestras sangrientas revoluciones. Es de lamentar que las preseas, de que con sobrada razón se gloria el General Santander como militar, no lleven el brillo de haberlas conquistado en contiendas donde el patrio orgullo se siente más grande, más sublime, más noble; en contiendas donde la verdadera gloria resalta esplendorosa ante el reproche digno, lanzado al atrevido invasor que pretenda hollar nuestro sagrado suelo. Muchas veces impelidos por esta idea y considerando que en Colombia hay muchos en las mismas circunstancias del General Santander, hemos dicho: "¡Cuán dignos seríais! oh colombianos del aplauso del mismo Rey de los Ejércitos, si la causa por la cual habéis derrochado tanto valor, tanto orgullo, tanta inteligencia y abnegación, fuera la de guardar la honra y la integridad de nuestra querida Patria!" Pero al General Santander no le sonrió la suerte en este campo, por no haberse presentado la oportunidad.

En la vida íntima, tiene el General Santander condiciones especialísimas que lo distinguen de manera muy notable. Entre ellas posee una superior: la lealtad, tanto en sus convicciones políticas como en la amistad, donde es inalterable y sincero. Lo vimos... lo palpamos. Todavía debemos de conservar una hojita suelta, titulada *Carta abierta*, en la que el General Santander reta, para que se presente al campo del honor, á un individuo que, con escritos procaces y sugestivos, logró levantar una tolvenera de dudas y desconfianza con respecto al Designado opuesto á sus aspiraciones y simpatías, en las últimas elecciones para la Presidencia de la República, que en mucho alcanzó á que la balanza eleccionaria permaneciera en equilibrio estable durante algún tiempo. Y cuando la República se encontraba en tan difícil gestación y el escritor mordente y acerbo se pavoneaba orgulloso de su obra, laborada al amparo de la ausencia de su víctima, que sí llenaba en el partido conservador todas las aspiraciones por sus méritos en general y por haber sido otras veces Designado para Presidente de la República; el hombre de nuestra historia, á pesar de encontrarse envuelto entre las sombras del ocaso de la vida, sintió en su corazón todo el fuego, todo el empuje de la época de su brillante juventud, y saltó arrogante á la arena en defensa del amigo, como campeón de noble estirpe é inaccesible escudo; así es como se engrandece el delicado sentimiento de la amistad, que, colocado sobre el ara sacrosanta del deber, salva la dignidad del compatriota ausente! Muchas veces una protesta oportuna, digna y levantada, es más fuerte y poderosa que el más acertado razonamiento, ó el argumento más impenetrable; y entonces es de ver cómo el trono construído sobre arena por un fanatismo político, se desmorona ante el soplo irresistible de la justicia que envuelve aquel manifiesto de reprobación.

Veamos otra condición del General Santander, que resalta no menos, en su idiosincrasia, que la que acabamos de describir.

Su prodigiosa memoria, unida á su clara inteligencia, han formado un conjunto tan maravilloso, que hoy, las observaciones que ha sabido aplicar á los acontecimientos de la vida, en su ya largo viaje por el mundo, forman en él un núcleo de experiencia y saber, tan lúcidos, que el cerebro del General Santander, puede decirse, es una enciclopedia ambulante, donde se encuentra la descripción completa de todos los pasajes de la vida práctica: allí se hallan episodios históricos, dignos por su importancia, de pu-

blicidad;—relatos amenos de nuestras costumbres, que muy bien podrían figurar en las reminiscencias de la capital; explicación completa de *dichos* y frases proverbiales que han llegado hasta nosotros de generación en generación, sin que sepamos ni nos demos cuenta del porqué de su uso. Esto hace que se experimente cierta felicidad al estar al lado de este hombre de espíritu superior, y al verle se siente uno como obligado á inclinarse ante esa reliquia que nos recuerda una casta de hombres que por desgracia ha desaparecido casi totalmente.

Los méritos, pues, del General Santander, son un brillante pasaporte, como él dice al elogiar á un amigo, para entrar á figurar en el glorioso libro de nuestra Historia Patria. Y si la hora de la justicia llegare con el escalpelo del criterio en una mano y el hierro candente de la infamia en la otra, para marcar y arrojar del templo de las glorias colombianas á los que allí han penetrado sin más merecimientos que su arrojo y atrevimiento, no será de temer que, si hoy hacemos figurar en ese sagrado recinto al General Santander, mañana sufra la vergonzosa degradación de aquéllos. Nó; el General Santander pisa sobre tierra firme; no es traído por los cabellos y con la sorpresa del público, para hacerlo pasar por las planchas de Gutenberg, sin más título que alguna aspiración palaciega, ó el dejar correr de la atractiva propina que en sí lleva el sello de la fatua pretensión ó de la vanidad de quien la arroja, y la efigie de la degeneración en la honradez, de quien la recibe; pues éste, sin respeto social, descarna lastimosamente la verdad. Y ambos se engañan, porque al recinto sagrado de la Historia no se puede penetrar sin que el esplendor del mérito no aureole las sienes del favorecido y lleve en ellas la corona del heroísmo conquistado en el campo de acción que Dios le deparó. Y esta discriminación no la puede hacer sino una entidad suprema; una entidad imparcial, que jamás dicta su veredicto sin que la verdad inspire su pensamiento: el Porvenir; el Porvenir..... ese Magistrado severo é imperturbable que, sin contemplaciones con su opuesto, el Pretérito, sabe aplicar la química de la Lógica á lo que ha acumulado de éste. Por eso se ve resaltar siempre lo que llega hasta él entre los resplandores de la fama y quedar eliminado lo que con aspecto renegrido aparece entre las sombras del demérito.

Guarde Dios la memoria de este buen servidor de la República y lo conserve como reliquia sagrada, descendiente de uno

de los más enaltecidos patriotas que denodados lucharon por la Libertad..... esa Libertad decidida y alcanzada entre el humo del cañón y las emociones sublimes y embriagantes de la portentosa victoria que la Independencia colombiana obtuvo el 7 de Agosto de 1819, en el inolvidable campo de Batalla de Boyacá.

C. Romero P.

Bogotá, Agosto 7 de 1908.

